

bil la del protagonista narrador, por cuya boca habla excesivamente el espíritu de Pereda: la del médico, que no justifica del todo en sus discursos la superior inteligencia de que al autor plugo dotarle; y la de la muchacha *Litua*, que no aventaja en nada á otros perfiles femeninos trazados antes por Pereda. En conjunto, *Peñas Arriba*, si no es la primera de las obras de su autor (porque es más novela *Sotileza*), á lo menos no cede el paso á otra ninguna. Discúlpese que al hablar de ella hayamos salido un tanto del tono frío y severo que debe caracterizar á una revista de erudición. Pero por lo mismo que la nuestra no tiene por objeto propio la amena literatura, ¿cómo podía dejar de saludar con entusiasmo al más *español* de nuestros escritores, al que continúa y enriquece la tradición, no con vanas palabras, sino con obras vivas?

(*Revista Critica de Historia y Literatura Españolas*. 1893.)



D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

(Prólogo á la edición póstuma de sus *Poesias*, 1903.)



LA piedad filial reúne en este volumen las poesías líricas y dramáticas que dejó dispuestas para la imprenta el Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, Marqués de Valmar, cuya pérdida lloraron la amistad y las letras patrias en 20 de Enero de 1901. Yo, que entre los recuerdos de mi juventud conservo como uno de los más gratos el de la feliz casualidad que me hizo conocer á aquel varón tan digno y respetable, de quien recibí guía y consejo en mis estudios y á quien debí inolvidables muestras de aprecio y confianza, cumplo hoy con el encargo testamentario, honroso al par que triste, de dirigir la edición de estos elegantes versos, que continuamente han renovado en mi alma el dolor por la eterna ausencia del amigo querido, á quien larga distancia de años, y otra mucha mayor de doctrina y saber, no impidieron tratar me como fraternal compañero desde los primeros pasos de mi vida literaria. Sean las presentes líneas homenaje, aunque tardío y modesto, á su

buena memoria, que durará en España mientras queden rastros de buenas letras y de exquisita cultura.

No es mi propósito trazar aquí la necrología del ilustre académico, porque exigiría grande espacio la enumeración de los servicios que á su patria prestó, ya como diplomático, ya como hombre de letras. Su entendimiento claro y cultivado, su perspicacia crítica, su buen gusto ingénito no eran, por ventura, las cualidades de más precio que en él podía descubrir quien penetrase en su intimidad y estudiara á fondo su carácter. Sobre todas ellas descollaban la rectitud de su conciencia, la elevación y firmeza de sus ideas y propósitos, la noción austera que tenía del deber, la inquebrantable tenacidad que en medio de su dulzura acompañaba á todos sus actos. Naturaleza inclinada al bien, cumplidor ejemplar de todas sus obligaciones, caballero á toda ley, cristiano convencido y ardiente patriota, sirvió á España con tino y lealtad en muy difíciles empeños, sacando incólume el prestigio de la nación que representaba y haciéndola respetar de sus más potentes y codiciosos enemigos. Tanto en las modestas Legaciones de Portugal, Holanda y Dinamarca, en que hizo su aprendizaje diplomático, como en las arduas negociaciones que condujo á feliz término con la

poderosa República norteamericana, logrando por ventura aplazar una catástrofe inminente, Cueto se mostró, no sólo empleado admirable, instruído como pocos en el derecho internacional, laborioso y concienzudo hasta la nimiedad, excelente escritor aun en la prosa de sus despachos, tan correctos y pulcros como su persona, sino profundo conocedor de los intereses y derechos de las naciones, observador agudo y penetrante de los acontecimientos políticos, y consejero fiel y continuo de lo que más importaba al bien y honra de España.

Cuando la severa é imparcial historia del reinado de D.^a Isabel II llegue á ser escrita, obtendrá justo galardón el nombre de Cueto entre los nombres más esclarecidos del antiguo partido moderado, y tendrá sobre otros la ventaja de no ir mezclado para nada con la amarga historia de nuestras divisiones intestinas, puesto que la actividad de su talento y el tesón de su alma, que era tan enérgica con suaves apariencias, se emplearon constantemente en la política exterior, entendida y tratada por él con una elevación patriótica de que puede dar muestra el célebre folleto escrito en 1860 con ocasión de la guerra de Africa y mandado recoger por el Gobierno unionista de aquellas calendas.

Cuando los desengaños de la política y la inflexibilidad de sus convicciones en puntos que estimaba muy esenciales alejaron á Cueto de la vida política y aun de su carrera diplomática, bruscamente interrumpida por la Revolución de 1868, toda la energía de su perspicuo entendimiento, toda su increíble laboriosidad se concentraron en las dulces tareas literarias, que desde su primera juventud le habían servido de inseparable compañía y solaz provechoso en medio de la aridez de los negocios y de los graves cuidados de la vida. Pocos literatos de su tiempo podían competir con él en dotes naturales, y menos todavía en las que el estudio pule y acrecienta. Viva y amena era su fantasía, pero de tal modo disciplinada por el buen gusto, que, admirando las grandiosas temeridades de las obras ajenas, tal vez pecaba por exceso de timidez en las propias. Hombre de afectos constantes y aun vehementes, los expresaba con más templanza que brío, y parecía menos apasionado de lo que realmente era. Quizá el recelo de extraviarse contenía los vuelos de su imaginación ágil y despierta y le inclinaba en demasía á la elocuente y noble expresión de lugares comunes. Era su prosa diáfana y correctísima, sin un escóllo, sin un tropiezo; pero acaso en su continua y modesta elegancia se echaba de menos al-

guna disonancia, alguna genialidad, alguna rudeza que entonase y fortificase el nervio del estilo. Siendo tan grandes su saber y su penetración crítica, se contenía á veces en la franca expresión de lo que pensaba, por temor de herir demasiado de frente las preocupaciones reinantes, y ser tachado de escritor paradójico. En su bella *Historia de la poesía lírica del siglo XVIII* hay de esto algunos ejemplos. Del conjunto de aquel memorable trabajo resulta vindicada en gran parte nuestra literatura de aquella centuria, no ya sólo en autores y obras determinadas, sino en el conjunto mismo, mucho más original y español de lo que el vulgo piensa: se ve que el crítico ha estudiado con amor las tareas de aquellos varones doctos y beneméritos á quienes sólo el haber nacido en una época de transición obscura y laboriosa impidió ser contados entre los más ilustres de su patria; de aquellos ingenios más cultos que inspirados, á quienes nadie puede negar discreción y gracia en los géneros menores, nobles tendencias en la poesía elevada, y el mérito de haber restablecido, aunque fuese con cierta estrechez doctrinal, el imperio de la sensatez literaria. Y, sin embargo, el Sr. Cueto, no por exceso de rigidez, que no cabía en su índole benévola, sino por transigir demasiado con la preocupación romántica que condenó á estos

hombres sin atenuación ni excusa, (porque toda generación literaria es fatalmente injusta con la que la precede,) se muestra parco en la alabanza de los mejores, y quizá les pide cuentas de lo que nunca hubieran podido realizar dentro de las condiciones de su arte, más reflexivo que espontáneo, y de la sociedad ordenada y ceremoniosa en que vivieron.

Resulta de aquí cierta especie de contradicción entre los dictámenes del crítico y sus íntimas propensiones, y confieso que esta contradicción ingenua es para mí uno de los mayores encantos de tan excelente libro. Nadie puede escribir bien de un asunto sin estar enteramente penetrado de él; pero todavía escribirá mejor si se siente como atraído hacia él por invencible simpatía. Y Cueto, espíritu académico de los más atildados, era, por su educación, por el refinamiento de sus gustos, por la complacencia que sentía en todas las cosas lindas y graciosas más bien que en las verdaderamente bellas y sublimes, por el arte de la vida social en que era consumado artista, por el talento de la conversación que poseía en alto grado, un hombre del siglo XVIII, en el buen sentido de la palabra. Lo que no heredó de aquel siglo, ni le hizo falta, fué la ligereza moral, el concepto frívolo de la vida, el superficial escepticismo, ni la malicia acre y corrosiva disimulada

con máscara de buen tono. Cueto era un hombre bueno antes de ser un hombre culto, y era tan bueno, que los que no le conocieron de cerca pudieron tenerle por candoroso.

Clásica á estilo del siglo XVIII había sido la primera educación literaria que recibió en Sevilla. Lista, y principalmente D. Juan Nicasio Gallego, fueron sus maestros, y en ninguna parte hubiera podido encontrarlos mejores. A uno y otro pagó digno tributo en su *Historia*, que tiene en muchas partes el interés anecdótico de las memorias personales. La robustez, la intachable corrección, la pompa y sonoridad del lenguaje poético de Gallego, que no se oponen á la férvida explosión de sus afectos, fueron constantemente admiradas por Cueto; pero nunca intentó asimilárselas, porque no cuadraban con su índole. Tomó de su maestro, no la grandilocuencia, que quizá le hubiera llevado al énfasis, sino el respeto á la forma poética, la regularidad del plan, la que pudiéramos llamar lógica del estilo, el arte de composición, en una palabra, y juntamente el análisis sutil de los medios de expresión y de los efectos del ritmo.

La influencia de Lista fué menor en el joven Cueto que en otros contemporáneos suyos que habían recibido antes que él la misma enseñanza. Pero es cierto que le debió

los gérmenes de su cultura crítica, y aquella especie de templado eclecticismo y justo medio á que el ilustre maestro sevillano había llegado en su vejez, aleccionado en parte por el renacimiento del espiritualismo filosófico y por las novedades de la escuela romántica, que aplaudía en su discípulo Espronceda y reprobaba en Víctor Hugo, á la vez que hacía amplias concesiones á la libertad literaria tradicional en nuestro arte, recomendando y difundiendo el culto del teatro de Calderón. Poco tenía de dura é inflexible la disciplina preceptiva que estos claros varones profesaban, y más bien sirvió de estímulo que de rémora á la juventud innovadora, transmitiéndole sanas tradiciones y prácticas de buen gusto, y haciendo fácil y llano el tránsito de la literatura del siglo XVIII á la del XIX.

Cueto, que estaba enlazado por muy estrechos vínculos de parentesco con el primero en fecha de los tres grandes poetas del romanticismo español, y que además pasó buena parte de su juventud en París haciendo vida de estudiante y de artista, precisamente en los años heroicos de la invasión y el triunfo de la nueva escuela lírica y dramática, entró de lleno en la corriente avasalladora, y fué romántico fervoroso, aunque más por imaginación que por sentimiento, y más como tributo pagado á los ardores de la ju-

ventud y á los devaneos de la moda, que por intrínseca necesidad y temple peculiar de su ingenio. Le cautivó el elemento tradicional é histórico que la nueva literatura contenía; pero del subjetivismo apasionado, que era la mayor novedad que los románticos traían al arte, de la grande y tempestuosa poesía de Byron y sus secuaces, se mantuvo siempre muy lejano, sin pasar del florido sendero de la melancolía lamartiniana. Hizo entonces muchos versos, algunos de los cuales van reproducidos en la colección presente, habiendo condenado su autor, quizá con rigor excesivo, otros muchos que no carecen de ternura y delicadeza, y que, á pesar de las inexperiencias de la primera mocedad, se recomiendan por una firmeza de estilo que anuncia la severidad del crítico futuro en los escrúpulos del lírico principiante.

Porque no la poesía, sino la prosa, narrativa, expositiva, didáctica, era la verdadera vocación de Cueto, y el campo en que había de conquistar títulos de nobleza literaria no sujetos á ninguna especie de controversia. Se dirá que escribió poco, habiendo gozado de tan larga y laboriosa vida; pero, en cambio, nada de lo que dejó escrito puede desdeñarse, y casi todas sus monografías críticas son modelos en su línea. No improvisaba, y hacía bien; leía mucho y metódicamente antes

de escribir una línea; su rigurosa conciencia no se satisfacía nunca con la investigación incompleta, con la erudición á medias, con la cita de segunda mano, con la aproximación vaga ó el juicio incierto. Su *Historia*, ya mencionada, de los líricos del siglo xviii, y la colección que formó de sus obras más selectas, fueron tareas que le absorbieron doce años, obligándole á escudriñar todo género de bibliotecas y archivos particulares, á recoger los vestigios de la tradición oral dondequiera que pudiesen existir, á escribir y consultar sin tregua á cuantos aficionados podían comunicarle alguna noticia, y á perseguir con insistencia, casi siempre recompensada por el éxito, las colecciones de versos inéditos, los borradores de los poetas y poetastros de toda una centuria en que la producción métrica fué abundantísima, sus correspondencias familiares, todos los rastros que habían dejado de su existencia, hasta en los más apartados rincones de España. Gracias á Cueto, tenemos la colección más cabal y la historia más completa, elegante, anecdótica y amena que hasta ahora se ha escrito de ningún período de la literatura española. ¡Lástima que este período, con ser muy interesante, y ya hemos indicado cuánto lo es á nuestros ojos y cuán sin razón se le desdenea, no tenga, ni para es-

pañoles ni para extranjeros, el valor de aquellos otros de excepcional majestad y pujanza, de fecundidad irrestañable y fuerza creadora, en que el genio español brilló con sus propios y nativos caracteres é impuso á Europa su triunfante literatural! A Cueto le tocó la tarea menos lucida, la de escribir la historia de un siglo en que no éramos ya influyentes, sino influidos, aunque por ventura menos que ahora. Pero esta tarea la desempeñó de un modo magistral como colector y como crítico, y puede decirse que hizo suyo el siglo xviii por derecho de conquista. Nada ó casi nada de lo que merece vivir en la era poética que precedió inmediatamente al romanticismo, quedó olvidado; quizá la tercera parte de la colección se formó con materiales inéditos, y en vez de las secas y algo superficiales noticias que los poetas de los siglos xvi y xvii llevan en otros tomos de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, lograron sus humildes y desdeñados sucesores extensas biografías, notas críticas de todo género, además del memorable estudio preliminar, que su autor graduó modestamente de *bosquejo*. Obra es esta que trasciende con mucho de los límites de una apreciación puramente literaria, y llega á penetrar en la historia moral de aquel siglo, tan ceremonioso y tranquilo en la superficie, tan agitado y revuelto en el fondo.

Si en el magnífico trabajo del Sr. Cueto puede una crítica muy adelgazada notar cierta falta de método y alguna digresión demasiado episódica, y reparar también algunas omisiones de poca monta, que sólo se hacen visibles por lo mismo que el autor parece haber agotado la materia, nadie ha de negar el eminente mérito de esta obra, que tiene páginas dignas de la elocuente pluma de Villemain, y otras que recuerdan la curiosidad biográfica de Sainte-Beuve sin su malicia. La mayor prueba de la excelencia del trabajo de Cueto es la fuerza sugestiva que ha tenido en otros investigadores, renovándose, gracias á él, los estudios sobre el siglo XVIII español, que estaba enteramente abandonado, y que hoy empieza á ser una de las épocas mejor conocidas, como lo patentizan, para no citar otros autores, el bello y curioso libro del P. Gaudeau sobre el padre Isla, y las monografías, sólidamente documentadas, riquísimas de toda clase de erudición nueva y recóndita, que D. Emilio Cotarelo ha publicado sobre los Iriartes, sobre D. Ramón de la Cruz y sobre los principales actores que ilustraron la escena española en aquella centuria. Los mejores libros, á lo menos en historia, no son los que quedan aislados y sin eficacia, sino los que engendran por contagio y estímulo otros libros excelentes.

La *Historia de la poesía lírica* es, á mi juicio, la corona de Cueto como crítico. Dignamente le acompañan otros estudios, unos coleccionados y otros no, entre los cuales citaré primero, por referirse á personajes nacidos y educados en el siglo XVIII, la imparcial y animada biografía del Conde de Toreno, clásico narrador de nuestras campañas de la Independencia; el brillante, á la par que sesudo, discurso sobre Quintana, leído por nuestro D. Leopoldo al tomar posesión de la silla que dejó vacante en la Academia Española el ínclito cantor de *La Vacuna* y de *La Imprenta*; y el *Elogio* académico del Duque de Rivas, restaurador de nuestra poesía épica en *El Moro Expósito* y en los *Romances históricos*, y patriarca de nuestro teatro romántico en *Don Alvaro*. Páginas son todas éstas para la historia literaria del siglo XIX, y páginas de las que la posteridad debe recoger con más cuidado, no sólo por la elevación de miras, amplio criterio y severa rectitud del juez, sino porque habiendo estado muy cerca de sus modelos, pudo estudiarlos muy á fondo, y comunicarnos, especialmente en el último de los citados escritos, pormenores de carácter íntimo y familiar que, apuntados con sobria sencillez, completan la fisonomía moral del personaje retratado, y aun suelen

dar la clave de algunos aspectos de su talento.

Durante sus mocedades ejerció Cueto la crítica de teatros en *El Piloto* y otras publicaciones, y con sus artículos podría formarse razonable volumen; pero rígido en demasía con sus producciones, condenó al olvido todo lo que le parecía de interés efímero, y sólo quiso incluir en la colección de sus trabajos el magistral estudio que con ocasión de la *Virginia* de Tamayo (obra privilegiada entre nuestros ensayos de tragedia clásica) escribió sobre las vicisitudes y formas diversas de aquel tema poético, que acaso logró en el autor castellano su realización más intensamente dramática y más profundamente humana, sin menoscabo de la puntualidad arqueológica.

Versadísimo Cueto en la historia de todos los teatros antiguos y modernos, sobre todo del español y del francés, y muy aficionado á los estudios de literatura comparativa, que daban continuo alimento á su curiosidad siempre despierta y á su ingenio sutil y agudo, ha dejado notables ensayos de dramaturgia general, como *Los Hijos vengadores* (Orestes-Hamlet) y el discurso sobre *El sentido moral del teatro*, en que la intachable pureza ética de la doctrina no empece en nada á la sincera y calurosa expresión del

entusiasmo estético, aun en presencia de las mismas obras cuya tendencia condena.

Era Cueto erudito sin pedantería, pero de rara y sólida erudición en muchas cosas, Quizá le faltase, como á otros de su tiempo, el conocimiento directo de la antigüedad clásica, ó á lo menos una comunicación íntima y franca con ella, sin el velo de intérpretes más ó menos fieles. Pero aun esto procuró remediarlo en alguna manera, y yo soy testigo de los esfuerzos que hacía para leer á los antiguos en sus originales. Su cultura había sido principalmente francesa, y con tal perfección llegó á dominar aquel idioma, que en francés escribió para la *Revista de Ambos Mundos* un largo estudio sobre el *Cancionero de Baena*, mereciendo por su corrección y elegancia los plácemes de tan gran maestro como Próspero Mérimée. Este mismo conocimiento que de la lengua francesa tenía le llevaba á ser purista muy escrupuloso en la propia, y la verdad es que en sus obras se encuentran pocos galicismos de palabras; pero suele haber un galicismo sintético, un hábito de pensar en francés y de traducirse á sí propio, con un vocabulario bastante puro, pero no muy rico, y una construcción más lógica que plástica, más apta para hablar á la razón discursiva que para expresar las realidades concretas. Pero su es-

tilo, tal como era, estaba en perfecta armonía con su índole disciplinada y metódica, y tiene, no sólo corrección negativa, sino cualidades buenas y sólidas, aunque parezcan modestas: la claridad, sobre todo, en grado sumo.

Fué el Marqués de Valmar grande estudioso de la literatura española, y no sólo en sus épocas clásicas, sino en sus orígenes y primitivos monumentos, sin que le arredrasen las investigaciones más difíciles y los textos más áridos. Ya en el citado artículo sobre el *Cancionero de Baena* rayó tanto como el que más de los críticos de su tiempo, elevándose á consideraciones históricas que todavía distaban mucho de ser vulgares y que hoy mismo pueden servir de enseñanza. A nadie sorprendió, pues, que la Academia Española, en 1872, pusiese sobre sus hombros, fatigados ya por el peso de los años, pero sostenidos por el brío indomable de su voluntad, una de las empresas más hercúleas que podía acometer la erudición literaria, tanto que parecía temeridad á los ojos de muchos.

Las cuatrocientas *Cantigas de Santa María*, en que exhaló su ardiente devoción el Rey Sabio, increpaban con mudas voces desde las bibliotecas de El Escorial y de Toledo á la inerte y olvidadiza erudición española, que dejaba en el polvo tales tesoros,

mientras contemplaba indiferente á los filólogos de Italia y á los editores de Alemania divulgar uno tras otro nuestros primitivos cancioneros galaico-portugueses. Las *Cantigas* eran una especie de libro de lujo que solía exhibirse en El Escorial á los profanos visitantes para que se recreasen con los vivos colores de las miniaturas; algunos eruditos las habían hojeado con mano distraída, formando sobre ellas someros y generalísimos juicios, que los dispensaban de internarse más en aquella intrincada selva de leyendas; la inmensa mole de las *Cantigas*, el dialecto en que están escritas, la especial erudición que el examen de su contenido requiere, eran circunstancias bastantes para arredrar á los amigos de la literatura fácil y amena. Los insignes eruditos extranjeros que en gran parte renovaron nuestra historia literaria de los tiempos medios no pudieron adelantar nada en este punto, porque les faltó la inspección personal de los códices en que se guarda el cancionero sacro del Rey de Castilla. Era imposible juzgar del valor é importancia de las *Cantigas* mientras las *Cantigas* no estuviesen totalmente impresas. No habían faltado esfuerzos de iniciativa individual para lograrlo; pero, naturalmente, hubieron de fracasar ante invencibles dificultades materiales.